

del Renacimiento y la Reforma . . . Ni las creaciones científicas de los otros pueblos de allende el Pirineo, supera en fecundos colorarios a la gran empresa hispana”.

Esta es una cara de la moneda. La otra llevaría la efigie de Moctezuma y de Atahualpa y las escenas de las atrocidades cometidas por los españoles durante los largos años de la colonización. Pero quede esto para otra oportunidad.

EN LOS COMIENZOS DE AMERICA

Por J. L. SALCEDO BASTARDO*

I

FANTASIA INICIAL

Antes de Venezuela ser un hecho, fue una hermosa fantasía, ensueño de una belleza presentida, espíritu lanzado a la esperanza. En muchos años de quehacer docente he dicho para las juventudes que el proceso normal del pensamiento se cumplió aquí cabalmente: primero la fábula, después la historia. La celebración del Universal, coincidente con el V Centenario de América es buena ocasión para volver sobre el tema genésico de una patria cuyo aliento emerge de la leyenda, ésta en particular connotación grata y positiva.

Cristóbal Colón llamó a la nuestra “tierra de gracia”. En el donaire del epíteto, hay un claro destello de poesía. El heroico almirante escribió fascinado: “Andabas ocho leguas más al poniente allende una punta a que yo llamé aguja, hallé unas tierras las más hermosas del mundo y muy pobladas”. Es de insistir que en el alumbramiento de Venezuela está el deslumbramiento del descubridor. El estaba seguro, lo tenía “sentado en el ánimo” porque eran muchos y “grandes indicios”, que en la amable heredad recién hallada se encontraba el paraíso terrenal. En su texto para los reyes padrinos de su aventura, Colón reafirma su creencia edénica. Todavía más, el impacto de la magia tropical sacude y desquicia su convicción de esfericidad terrestre. Así llega a decir que el planeta es más bien como una pera, pues sobre la redondez hay una prominencia y allí en la altura —“más cerca del aire”— debe estar plantada la tierra de gracia. Para ser más gráfico en su nueva imagen, recalca: Es “como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar de ella fuese como una teta de mujer allí puesta, y que esta parte de este pezón sea la más alta y más propincua al cielo”.

Para el genovés, el Paraíso está aquí “porque el sitio es conforme a la opinión de santos y sanos teólogos”, que menciona y acá reconoce además las señas princi-

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón letra “F”.

pales apuntadas en la Biblia: el “árbol de la vida” —nuestro moriche— y una fuente de la cual resultan los cuatro grandes ríos: “Jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vecina con la salada. . . y sí de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo”. Recuérdese que un par de siglos más tarde correspondería al primer historiador de Venezuela —Don José de Oviedo y Baños— persistir en la misma idea del Edén, diciendo éste que en Caracas —corazón de la tierra de la gracia— había circunstancias “para acreditarla Paraíso”.

Congruente con este panorama de excelencia seductora es el juicio sobre los pobladores. En el autorizado criterio del propio almirante descubridor, se describe a los habitantes de la tierra de la gracia como “mancebos, de buena disposición y no negros, salvo más blancos que otros que haya visto en las indias, y muy lindo gesto y famosos cuerpos y los cabellos largos y llanos cortados a la guisa de Castilla”. Sobre los rasgos morales reitera Colón análoga perspectiva elogiosa: “En gente nuestra que fue a tierra, los hallaron tan convenientes y los recibieron muy honradamente”.

He escrito muchas veces que, como toda fábula genuina, la fábula de Venezuela inicial no conoce límites; los elementos más excéntricos, dispares y extraños, caben en ella con holgura. “Peces que de medio arriba parecen hombres en las barbas y cabello y brazos”, andan cerca de Cubagua según López de Gómara. Pigmentos de unos cuatro palmos, anotó Federman, perros mudos, puercos que tienen el ombligo en el espinazo. . . y mil y mil prodigios que nutren los sueños.

El espectáculo de la revelación que concierne a la inmediata Venezuela es tan aturdidor que los cronistas de aquella hora apuntan con jadeante minuciosidad —como entre el vértigo y el delirio— lo más heterogéneo e inconexo: naturaleza, cultura, sociedad, pasado, ilusiones, futuro. Diríase que el denominador común es el embrujo de lo inusitado y la sucesión asombrosa de lo raro e increíble.

Buena muestra de esta onda del hechizo dislocado es el título que el padre Gumilla pone a su espléndida obra dedicada a nuestro Orinoco: “Historia natural, civil y geográfica a la vez, gobierno, usos y costumbres de los indios, sus habitantes, con nuevas y útiles noticias de animales, árboles, frutos, aceytes, resinas, yerbas y raíces medicinales, y sobre todo, se hallaron conversiones muy originales a nuestra santa fe, y casos de mucha edificación”.

Alonso de Ojeda, un hombre serio, cayó también en la fascinación de un inventario avaricioso sobre cuánto los reyes hispánicos debían capitularse respecto a la nueva tierra: “oro o plata, o cobre, o plomo, o estaño o otro cualquier metal e cualquier calidad que sea, e todas e cualesquier joyas e piedras preciosas, así como carbuncos de diamantes, e rubis, e esmeraldas o valajes o otra cualquier manera o naturaleza de piedras preciosas, así como perlas o aljofar de cualquier manera o calidad que sean, asimismo monstruos, animales o aves de cualquier naturaleza o cualquier calidad o forma que sean, e todas e cualquier serpientes e pescados que sean, e asimismo, toda manera de especería e droguería”.

Desde el mero principio, floreció el cuento de los tesoros. Refiere López de Gómara que en nuestra periferia cubagua, el propio Cristóbal Colón aseguró a sus marineros: “digo vos que estais en la más rica tierra del mundo: demos gracias al Señor. Maravillose de ser tan crecido todo aquel aljofar, que de ver tanto no cabía de placer”. Colón no disimuló su interés por el oro y las perlas, procuró saber de los mismos indios dónde hallaban las piezas del preciado metal que traían atadas a sus cuerpos. . .” y todos me señalaban una tierra frontera de ellos al poniente que era muy alta, mas no lejos, mas todos me decían que no fuese allá porque allí comían los hombres. . .” y así arranca el mito del Dorado.

Al respecto, tanto las concepciones varían y desconciertan como la ubicuidad, se le busca por el sur y por el este, se le sabe próximo al oeste, quizá allá en el norte o en el centro, inasible y fugaz. No hay dos versiones que se compaginen. Cada quien hace la suya al estilo y dimensión gratos a su gusto, y le añade o le quita cuanto a su ilusión complace. En lo que Walter Raleigh transcribe del relato de Francisco López, sólo falta que, en la corte del “emperador de Guayana”, el aire y el agua sean de oro: “Todo el servicio de su casa, mesa y cocina era de oro y de plata, y cuando menos de plata y cobre, por más recio. Tenían en sus recámaras estatuas huecas de oro que parecían gigantes y las figuras al propio, y tamaño de cuantos animales, aves, árboles y yervas produce la tierra, y de cuantos peces cría la mar y agua de sus reynos. Tenía asimismo sogas, costales, cestas y troxes de oro y plata, rimeros de palos de oro que pareciesen leña rajada para quemar, en fin, no había cosa en su tierra que no la tuviese de oro contrahecha”.

En la fantasía inicial de esta Venezuela quinientona, para que nada falte, desputa igualmente la noticia del petróleo: “Utilísimo en muchas cosas para diversas enfermedades”, licor o aceite que en la dicha Cabagua, tan opulenta, es “llamado por los naturales “stercur demonis” como en púdico latín cuenta un cronista. Otro ha de certificar el nombre que en la cuenca de Maracaibo se da al oro negro, allí ve “algunos ojos o manantiales de betún a manera de brea o pez derretida, que los indios llaman mene”.

II

DIA DE LA HUMANIDAD

A las puertas del siglo XXI, y a la luz del avance de las Ciencias Sociales, resulta ya francamente desaconsejable por obsoleto el uso de la expresión “Día de la Raza” para designar la fecha del gran suceso colombino que fue la llegada de Europa a nuestro hemisferio.

En cuanto concernía a Cristóbal Colón era el término de una experiencia afortunada; salido de Puerto de Palos el 3 de agosto, remataba el 12 de octubre de aquel 1492 su sorprendente y primera incursión a lo desconocido. Para todos los pueblos del orbe, sin embargo, la ocurrencia entrañaba mucho más que el final

feliz de una especial aventura. Era la posibilidad concreta de la integración de la familia del hombre sobre la tierra entera: en síntesis, el Día de la Humanidad. Se había vivido hasta entonces en la separación y en la ignorancia sobre el exacto alcance de la especie humana. A partir de su Creación, o del inicio de aquella como final de un proceso evolutivo, desde el Asia había ocurrido la Dispersión conducente al establecimiento de sus ramas en las distintas áreas, zonas o latitudes de la Caracterización, donde oportunamente fueron surgiendo las variedades conocidas como "Razas". Después, incluso dentro del enorme ámbito euroasiático, hubo cruces y combinaciones de distintas cuantías que hasta involucraron al Africa cercano. Pero la humanidad seguía incompleta. El gran evento del 12 de octubre tiene como directa y capital consecuencia que deja abierta la posibilidad de una integración práctica, material y efectiva. Cualquiera sea la hipótesis que se admita sobre el principio del hombre americano —autoctonía, origen asiático o melanesio (recordar la Kon tiki)— la proeza de Colón asegura la presencia de nuestro medio mundo en el proceso de mestizaje que se venía cumpliendo en el resto del universo conocido.

Hasta 1492 era bien posible que las colectividades de Asia, Europa y Africa —por cierto todas ellas presentes en una como simbólica convergencia en la gente de España— se mezclaran; para la conjunción total faltaban, a la sazón, el ingrediente americano que a contar de este suceso entra a la composición de la familia humana. Con noble tino, "Raza Cósmica" dirá el ilustre mexicano Vasconcelos en el siglo xx. Será Bolívar sin embargo el más afortunado en el análisis y planteamiento de nuestro caso: "Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos... la mayor parte del indígena se ha aniquilado, y el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo... Nos hallamos en el caso más extraordinario y complicado...", para llegar a la conclusión bella, correcta y elocuente: "Nosotros somos un pequeño género humano".

Es hora de corregir la generalización imprecisa: no Día de la Raza, sí Día de la Humanidad.

El concepto de raza es un concepto alusivo de parcialidad, contrario a magnitud integral que es justamente lo que nos motiva en la ocasión como epopeya del quehacer humano, uno y múltiple, total.

Por demás, claro y siempre sangrante en sensible memoria de todos los pueblos es el triste y vergonzoso capítulo —por desgracia aún vivo, repetido con terca insistencia— de las exclusiones, antagonismos, crímenes y odios, nutrido por el abominable racismo en todas sus versiones desde el capricho y la irracional y simple pretendida superioridad, arianismo, antisemitismo, segregación, hasta el sofisticado y brutal apartheid... Olvidándose la verdad capital: la unidad de la especie, verdad esencial certificada por la absoluta regla biológica de la interfecundación —cualquier hombre puede fecundar a cualquiera mujer—.

El mestizaje es para América Latina nuestra razón de ser, y para la comunidad humana en plenitud la razón posible de una fusión que no solamente deriva

gracia y belleza físicas en las individualidades nacidas del cruce cabal, sino la amplitud espiritual de la paz, la convivencia y el desarrollo.

El logro ético de la triunfal osadía de Colón, coronada hace cinco centurias, es su legado más brillante y promisorio.

NO DOS SINO LOS MUNDOS

III

El Africa en nosotros:

La fecha que hoy conmemoramos es por demás propicia para volver sobre un punto de valor conceptual. Inexacta e injusta hemos considerado siempre la expresión "Encuentro de *dos mundos*" para significar la génesis de nuestro macro compacto neo-americano emprendida hace 500 años. La idea de una mera combinación de Europa con el solo continente de ultramar, como determinante excluyente de la convergencia que nos hace presentes en el universo, omite a un factor de magnitud trascendental: el Africa. Ya Simón Bolívar, con su agudeza y, sobre todo, con su proverbial sentido de justicia, no sólo metafóricamente nos definió como "un pequeño género humano" para señalar acá la múltiple presencia de todas las ramas de la familia del hombre en nuestro ser, sino que —además— como todo un experto en las disciplinas antropológicas advirtió, con su tono de maestro claro y preciso, lo que efectivamente somos: "Tengamos presente que nuestro Pueblo... es un compuesto de Africa y de América... la España misma, deja de ser Europea por su sangre africana, por sus Instituciones, y por su carácter... La mayor parte Indígena se ha aniquilado, el Europeo se ha mezclado con el Americano y con el Africano, y éste se ha mezclado con el Indio y con el Europeo".

Rectifiquemos lo que sea menester. Por sobre los prejuicios se impone la razón. En el propio umbral de nuestra historia está el Africa. Para 1510 ya marchaba el movimiento migratorio forzado de aquel continente rumbo al Nuevo Mundo. Europa se había abierto al tráfico negrero, tras el descubrimiento de Guinea, con la osadía de Gil Eanes aventurándose más allá del cabo Bojador. En cuanto a Venezuela, fue Gerónimo de Ortal quien por 1525 trajo los primeros esclavos —un centenar— a la región costera de Paria.

Al inhumano comercio contra Africa, además de España y Portugal, se sumaron Inglaterra, Francia y Holanda. Los proventos cada vez más fabulosos en este negocio llegaron a pasar de 20.000 por ciento. Nada extraña por tanto las dimensiones de tan horrible tráfico. Varían las cifras que sin embargo coinciden en ser gigantes. Prudencialmente se podría calcular que del Africa fueron arrancados en el largo tiempo del auge esclavista, unos veinte millones de personas. La "Enci-

clopedia Católica” estima en doce millones los africanos traídos a América. Exclusivamente para Brasil se ubica la importación entre cuatro y dieciocho millones. Se dice que a la sola Jamaica fueron 610.000. Según el autorizado investigador Joseph Höffner, “unos 30 millones de negros fueron llevados a América”. De cada reclutamiento llegaba a ser aprovechable sólo la mitad; un 30% perecía en la operación, un 12% quedaba en la travesía transatlántica y otro tanto moría en el tiempo de depósito y mercadeo.

Nuestro país recibió —hasta la Independencia— unos 120.000 esclavos africanos. Este total se compondría, aproximadamente, de 10.000 en el siglo XVI, unos 25.000 en el XVII y más de 80.000 en el XVIII y comienzos del XIX.

Del Africa Occidental era oriunda la mayor parte de los negros venidos a Venezuela. Procedían de la ancha faja costera en la parte ocupada hoy por las repúblicas de Angola, Zaire, Gabón, Camerún y Nigeria, definida como área cultural Bantú. Además, Senegal. Igual Guinea. También vinieron del área cultural Sudanesa. Pocos vocablos africanos pasaron a nuestro castellano; los negros no vinieron en grupos homogéneos ni llegaron a vivir aquí en comunidades exclusivas. Los traficantes tuvieron siempre buen cuidado para barajarlos y confundirlos.

Los africanos conducidos a Venezuela en general se encontraban más adelantados que sus coetáneos indios de aquí. El negro sudanés superaba al indígena más avanzado. Eran agricultores, con técnicas superiores a las aborígenes, y trabajaban también los metales. Se dice que fueron los primeros en procesar el hierro. La pintura, dibujo, escultura, cerámica, esmaltes, las artes de la madera y del fuego, tenían en ellos competentes cultores.

El negro fue, en lo económico, un notable factor de desarrollo. En buena parte, él determinó acá el progreso agrícola; se evaluaba entonces que el trabajo de un esclavo de Africa equivalía al de más de cuatro indios. En la pesca de perlas, igual en Cubagua que en Margarita, los buzos negros dieron un rendimiento mucho mayor que el de los indios. Con el esfuerzo de los negros se formaron las “haciendas”, antítesis del “conuco” aborígen. Sin la mano africana no se concibe aquí la explotación cacaotera.

Muchas veces por su superioridad cultural y técnica sobre el indígena, tocó al negro una función civilizadora, en cierto modo análoga a la del español. En la esfera social de Venezuela la huella africana ha sido de las más significativas. Como aportación psicológica al carácter venezolano, y en él determinante, es de primera clase la espontaneidad, la sociabilidad y la suelta extroversión de los negros. No eran nómades; para la familia el sistema patriarcal.

Al venezolano pasa del mundo mágico y mítico africano una herencia de las más diversas. Ya otra vez me he referido a que del aya negra recibiría el venezolano los “miedos” africanos, las leyendas de espíritus malignos y de ángeles benévolos; los cuentos sobre la viveza y la despierta inteligencia de los débiles para burlar a los fuertes. En nuestras letras de ficción —novela, relato, poesía— el alma nacional exhibe más de un rasgo de segura procedencia africana. En las artes más variadas, en nuestras danzas populares, en la música criolla, trasciende la nota

alegre, entusiasta y alucinada del negro. El continente se expresa musicalmente en merengues, rumbas, congas, mambos, cumbias, gaitas, calípsos, bambucos y sambas.

En muchas partes del hemisferio, los modos suaves y respetuosos del negro explican cierta delicadeza, y hasta una notoria ternura, en el idioma que fue rudo e imperativo en el conquistador.

Congruente con la justicia, la ciencia auténtica y objetiva ha destruido los prejuicios amontonados por años contra los africanos. Después de la infeliz hora inicial, violenta y trágica, hora menguada del Africa y de América, se ha visto reiteradamente cómo el negro ayuda a definir otros rasgos capitales del alma venezolana: la vocación de libertad, la disposición al sacrificio por valores políticos supremos, la impavidez y el coraje para la acción heroica. En los intentos libertarios, desde el arribo de los grupos encadenados hasta Carabobo, se halla siempre a hombres del pueblo, negros, esclavos o descendientes, quienes ostentan como señal, la rebeldía y la decisión hasta el sacrificio por alcanzar un mañana mejor. Es admirable que dentro del sistema corruptor y degradante de la esclavitud, el negro haya sobrevivido sin menguar, de modo irreparable, las potencialidades que le confieren su auténtico relieve en la actualidad de América. Ninguna raza más humillada, y sin embargo emerge vital y victoriosa de su resistencia.

Nos honra afirmar que en nuestra cátedra y en el libro —especialmente en nuestra “Historia Fundamental”— igual que en la tribuna académica de unas 40 naciones, tal ha sido y es nuestra prédica sobre los antecedentes formativos de esta occidental patria ecuménica que nos contiene. En los certámenes de belleza corporal —a nivel del mundo— se confirma sobradamente la positividad del mestizaje en cuanto a excelencia física de las resultantes donde el Africa es perceptible ingrediente sustancial.

El deber esclarecedor nos impele hacia el “Encuentro de *los mundos*” —no de *dos mundos*— que en esta Tierra de Gracia —flor de Colón—, Continente de la Esperanza Humana —voz de Martí—, se empezó hace 500 años como una aspiración inmarcesible a los valores cumbres de la paz, la unidad y el amor. Venezuela en el epicentro de tanta grandeza.

12 de octubre 1992.